

AILAVIU

María era hija única y recién había cumplido los 18 años. Vivía en el alto Manquimávida, con dos dedos de tierra en aquel cerro maravilloso que parecía decirle ¡vamos, te estoy mirando, ven y levántate! Cuando nació, su padre, un viejo muy estricto, no la miró con buenos ojos, *¡hmmm, una niña, no creo que ésta algún día vaya a trabajar la huerta. Hubiera preferido un hombrecito, pero bueno, hay que atenerse y jugar los naipes de la suerte!*. Y diciendo esto no se habló más del asunto. María creció, entonces al amparo de su madre, que si bien no la cuidaba mucho, en algo contribuía para que la niña aprendiera las cosas que hay que aprender y se congraciara con su padre. El viejo, con el tiempo aprendió a quererla y todos los días salían de amanecida a cuidar la huerta en la que las melgas de porotos y choclos amarilleaban. María cargaba con mucho esfuerzo las herramientas de trabajo y se dedicaba a aporcar las matas que ya florecían. Todo un logro ante los ojos de aquel hombre acostumbrado a la vida ruda y a la que se había dedicado por completo. Pero algo en María no andaba bien ya que su rutinaria existencia la habían transformado en una niña melancólica y sin aspiraciones mayores. No tenía amistades porque su padre no se lo permitía: *“¡Esas son puras leseras, - le decía – los hombres jóvenes andan haciendo puras tonterías cuando están juntos, así que a trabajar nomás porque la vida es dura!”*. María callaba y buscaba complicidad con su madre pero ésta, temerosa también

de su hombre, no levantaba cabeza cuando de dar una opinión se trataba. Y así se crió María sin más amigas que unas cuantas cabritas que a futuro serían vendidas en la feria de Chiguayante. Ni primos tenía y muchas veces se sorprendió a solas imitando el gorjeo de los pájaros del cerro en lo que tenía mucha habilidad. Zorzales, diucas y torcazas pasaban por su garganta como si ésta fuera una flauta muy bien afinada.

Aquel día como tantos otros se levantó muy temprano y luego de meter la cabeza en un balde con agua helada recién extraída del pozo se dirigió a la cocina donde su padre mateaba y la tortilla al rescoldo venía saliendo calentita. El humo denso del fogón se mezclaba con el frío de la mañana formando una cortina transparente atravesada por los primeros rayos del sol. El viejo depositó el mate sobre la parrilla y encendiendo un cigarro de hojas de choclo dijo:

-¡Llegó un circo a Chiguayante!

-¿Un circo, y eso qué é?, - preguntó María.

-¡Un circo es... un circo, pué, mejor dile tú!.- le dijo a la mujer mientras apuraba el mate para salir.

-¡Un circo es una carpa grande, muuuuy grande, con gente aentro que hace cosas como piruetas y otros que hacen reir y que se llaman payasos. Tamién hay algo

que vuela en el cielo con un hombre colgado de él como si fuera mono!,-
respondió su madre.

-¡Ese se llama trapecista!,- dijo entonces el viejo con aires de sabiduría.

María cerró los ojos y se imaginó cómo sería aquello que llamaban circo. Pensaba que le habría gustado conocer a ese hombre que volaba como los pájaros. ¡Vaya tontería!, se dijo, ¿cómo un hombre podrá volar?, ¡no lo creo!.

-¿Y de dónde viene?

-¡Dicen que de un país muy lejano llamado Rusia que está al otro lao del cerro, a muchos vuelos de aquí. Llegaron ayer y la función será mañana en la tarde!

Antes de salir el viejo viendo a María con los ojos cerrados le preguntó:

-¿En qué estái pensando hija?

-En que me gustaría mucho ir a ese circo. Nunca hei ido a ningún lao – contestó temerosa de la reacción de su padre. Pero para su sorpresa la respuesta fue inmediata:

-¡Sí, podría ser, tal vez con la Juany, la hija de la vecina del alto que é má letreá que nosotros. Te habís portao bien, María, toos estos años y sería güeno que conocierai algo de mundo!

María no cabía en sí de alegría. La Juany llegó a la casa mucho antes de la función. Viajaron al pueblo en carreta. Todo estaba convulsionado, la gente acudía de diferentes lugares con sus niños que querían ver a los payasos y comprar golosinas de esas que nunca se veían en el pueblo. Se acercaron a la fila para comprar las entradas. Adentro, un hombre joven miró a María fijamente con unos grandes ojos azules llenos de intensidad y que esbozando una sonrisa le preguntó: ¿cuántas?, ¡dos!., le respondió la Juany, sorprendida de la forma como ese hombre miraba a su amiga. Ella, en tanto, se había sentido traspasada por aquel azul y una rara sensación, mezcla de incomodidad y abandono, le golpeó el pecho. Las mejillas se le colorearon cuando el hombre acercándose al borde de la ventanilla le dijo hablándole bajito:

-Eres muy bonita, nunca conocí a alguien como tú, ¿cómo te llamas?

-¡María!, - le contestó, bajando la vista y pensando en lo bien hablado que era.

-¡Toma, aquí están tus entradas y que disfrutes el espectáculo!

Sobresaltada por el bullicio de la aglomeración María solo atino a mirar hacia atrás. Allí, pegados a su espalda, estaban los ojos de aquel joven observándola mientras entraba al circo y discutiendo con la gente que, ansiosa, quería comprar entradas y él no les vendía.

La carpa rebosaba de entusiasmo y los niños intuían la pronta llegada de los payasos y sus cómicas rutinas. Fueron a sentarse en lo más alto para tener una mejor panorámica. Todo era felicidad para María que disfrutaba y reía como niña aplaudiendo a rabiar. De pronto el tambor de la pequeña orquesta tocó un solo y la voz estentórea del anunciador se dejó escuchar:

-¡Un momento de silencio, por favor, un momento de silencio,...les presentamos a continuación un espectáculo nunca antes visto y que ha dado la vuelta al mundo: el Duende Volador en su trapecio. Disfrútenlo y un aplauso para él...!

Su sorpresa fue mayor al descubrir, entre los aplausos de la gente, al vendedor de entradas, aquel hombre que no le había despegado los ojos de encima. Su corazón se agitó cuando aquel joven de azules ojos comenzó a subir por la cuerda que lo llevaba al infinito. Pensó en los cóndores de una alta montaña muy alta y en sus alas poderosas pero aquel hombre solo necesitaba una cuerda para escalar. María observaba aquel cuerpo esbelto y poderoso, aquellos brazos fornidos que abrazaban la cuerda y por un momento se sorprendió deseando ser abrazada de esa manera en las alturas, en un viaje liviano e inédito que la transportara hacia el mismísimo cielo acunándola sobre nubes blancas. El hombre, en tanto, totalmente ajeno a aquel ensueño se lanzó desde lo alto al vacío y ella lanzó un grito de espanto que hizo reír a los asistentes. Al volver la mirada se percató que él le

sonreía, la había descubierto entre el público y con un ademán le dedicaba esa última pirueta, doble salto mortal para caer de pie sobre la red..

Al salir se sintieron transportadas en vilo por la gente. Iban comentando el espectáculo y lo bien que lo habían hecho los payasos, malabaristas, domadores y, muy especialmente, el trapecista. De pronto alguien se abrió paso entre el público, *¡permiso, por favor, déjeme pasar!*. Era el Duende Volador que, con una flor en la mano, se acercó a María, diciéndole:

-¿Eres muy linda María, muy bonita!, ¿sabes que la función de hoy la hice para ti?

-¿Pa' mí, y por qué?- preguntó ella sin levantar la cabeza.

-¡Porque me gustaste María, y pensé, tengo que ofrecerle mi función a esta niña de mirar tan dulce y claro como el agua de las vertientes que baja de las montañas!

María no sabía qué hacer ante ese hombre que hablaba tan lindo.

-¿Y?

-¡Bueno, que me gustaría mucho verte de nuevo!

-¿Conoce la Pieira que Habla?

-¡No, no la conozco!, ¿qué es eso?

-¡Es una pieira pué, una pieira grande, muy grande que habla y que está en lo más alto del cerro. Usté le pregunta cosas y ella va y le responde. Ahí lo estaré esperando mañana de madrugá!

El hombre sonrió y tomando entre sus manos las manos de María le susurró al oído: “¡ I love you ¡”

¿Ailaviu, ese es su nombre?, nunca antes escuché un nombre como ese!

Al llegar la mañana todo brillaba para María. El Manquimávida recogía las últimas sombras de la noche y las transmutaba en verdes derramándolos sobre las praderas y quebradas como un acucioso pintor. Casi desnuda salió al patio de la casa y bajó a la noria extrayendo con un balde el agua helada suficiente para asearse. Se sentía transportada por aquel vapor que subía de su cuerpo caliente en contacto con el agua y le parecía que todo danzaba para ella, tal era la grata revelación a sus sentidos. Se vistió y sin desayunar salió al huerto .para abrir la cerca de las cabritas que felices encaminaron sus pasos en dirección a la Piedra que Habla que no era otra cosa que un sector del cerro donde se producía un eco de sucesivos rebotes. Quería encontrarse allí con ese hombre para saber de qué cosa quería conversarle.. El joven había llegado a caballo muy temprano y sus azules ojos la recibieron con una intensa mirada que pulsaba el frío aire de la mañana. A la distancia el elíptico baile de la rapiña le recordó su sueño glorioso y cerró los ojos cuando él, sin hablarle siquiera la besó en la mejilla. Luego su boca

la buscó en los labios que se estremecieron al contacto y abatida sintió que estaba a punto de ser devorada por un animal desconocido y bello, un depredador sensible que la hacía entregarse a un goce supremo.. De pronto se sintió desnudada por las manos certeras de aquel hombre y sus pechos saltaron sobre la hierba mojada. Con desesperación se abrazó a aquel cuerpo hambriento de deseo que se cimbraba como abedul de monte ante el embrujo de sus pulsaciones. Las cabritas no estaban allí y solo la Piedra que Habla había sido testigo de ese momento grandioso en la eternidad de unos pocos segundos.

Pasaron muchos años y en lo más alto del cerro el galope de un caballo hizo eco ante la Piedra que Habla rompiendo la quietud de la mañana en tanto su jinete con un ¡soooo! largo y sostenido se apeaba allí en la pradera mojada aguzando el oído. Un claro rumor de pezuñas venía por allí, bajando hacia la quebrada. Se dio vueltas y divisó un niño arreando cabritas por la inclinada ladera del cerro. Tendría unos diez años y su esbelta contextura competía en gracilidad con los animales.

-¿Hola, señor, y usted quién é?

-¡Un amigo, ¿y tú de dónde eres?

-¡Vivo en el alto Manquimávida, señor, con mis abuelos, pero no hay amigos por aquí!

-¿Y tus padres?

*-¡No tengo papá...ni mamá. Ellos murieron el día del invierno largo. Ya...vamos,...
chao señor, tenimo que llegar pronto al claro!*

El jinete quedó perplejo, algo había de atractivo para él en ese niño, tal vez fueran sus grandes ojos azules que lo habían cautivado en el silencio de la mañana o el cariño puesto en el cuidado de sus cabritas, el caso es que lo vio irse muy rápido ladera abajo palpitando en su loca carrera entre los chopos y feliz de aquel encuentro. Se dio vuelta, entonces, y ahuecando la voz entre sus manos gritó a todo pulmón:

-¿Cómo te llamas?

La respuesta del niño fue certera, como una pedrada en medio del corazón. La voz de la Piedra que Habla prolongó su nombre en todos los confines del Manquimávida:

-¡ Ailaviu, señor, ese es mi nombre, Ailaviu,... Ailaviu...laviu!

SEUDÓNIMO: CRISTÓFORO

